

17 de septiembre de 2022 - Sábado de la 24ª semana ordinaria (par)

[1 Cor 15:35-37.42-49; Lucas 8:4-15](#)

Homilía

La agricultura o la jardinería pueden ser una buena escuela de paciencia, confianza y entrega. Una vez labrada la tierra, plantadas y regadas las semillas, sólo queda esperar pacientemente. Al principio no hay forma de saber con seguridad si la semilla crecerá o no. Después, es imposible saber hasta qué punto crecerá. Se puede actuar de diversas maneras sobre las condiciones que favorecen el crecimiento, pero no se puede intervenir en el proceso de crecimiento en sí. Teniendo todo esto en cuenta, volvamos ahora a la lectura del Evangelio de hoy.

Tanto los profetas de Israel como Jesús se dirigían a un pueblo que en su mayoría era agricultor y pescador. Por eso, cuando querían hablar del Reino de Dios, utilizaban imágenes y parábolas relacionadas con la vida y el crecimiento. Y en el Evangelio que acabamos de leer, Jesús compara esta Palabra con una semilla.

Algo notable de este Evangelio es que no es sólo una parábola, sino tanto la parábola como su interpretación. Esto es muy inusual, ya que el uso clásico de la parábola implicaba una técnica por la que el rabino o el maestro llevaba a cada oyente a sacar sus propias conclusiones de la parábola. Por eso, los exégetas y los comentaristas son bastante unánimes al pensar que la segunda parte de nuestro Evangelio de hoy -es decir, la interpretación- no es del propio Jesús, sino que representa la interpretación de la Iglesia primitiva.

En el texto de Mateo, esta parábola sigue inmediatamente después del relato de que los familiares de Jesús querían apresarlo y llevarlo a casa, porque pensaban que había perdido la cabeza. Esta parábola es realmente una reflexión de Jesús sobre su ministerio. Su Palabra - la Palabra de Dios - se recibe de diferentes maneras. En algunas personas encuentra un corazón de piedra y no crece en absoluto; en otras crece con dificultad, pero crece igualmente. Y cuando haya alcanzado su pleno crecimiento, será el Fin. En resumen, es un mensaje de esperanza.

Cuando se contó esta parábola en la Iglesia primitiva, se añadió una interpretación que posteriormente se atribuyó a Jesús. Y, sorprendentemente, hubo un cambio de énfasis de la semilla a la tierra. Toda la atención -y la preocupación- de Jesús se centró en la propia semilla, es decir, en el Reino de Dios. Para los primeros

cristianos, la preocupación se convierte poco a poco en la de ser una tierra lo más buena posible para recibir esa semilla.

Tal preocupación era obviamente legítima y tenía alguna base en la propia parábola, tal como la contó Jesús. Pero este cambio sigue mostrando bastante bien nuestra tendencia humana a preocuparnos más por nosotros mismos y por cómo recibimos la Palabra de Dios que por la propia Palabra. ¡Jesús se preocupó por la Palabra! Y su mensaje es precisamente que, incluso a pesar de nuestro endurecimiento y falta de cooperación, la semilla del Reino crecerá en toda su extensión.

La razón de este cambio de enfoque es probablemente nuestro miedo innato al sufrimiento. Y, sin embargo, Pablo, en su Carta a los Romanos, nos recuerda que todo el sufrimiento que podamos experimentar es sólo una parte del proceso de crecimiento hacia la plenitud del Reino de Dios en nosotros. Son los dolores normales del parto.

Es curioso lo fácilmente que encontramos todo tipo de buenas razones y excusas para escudarnos en la dolorosa realidad del crecimiento y refugiarnos en la actividad más segura de preparar el terreno. Nos sentimos más seguros cuando nos ocupamos de labrar la tierra, de arrancar las malas hierbas, de remover la tierra de diversas maneras. Hacemos algo y esperamos una recompensa por lo que hacemos. Todo esto es bueno y necesario. Pero el Evangelio nos recuerda otra dimensión: nos recuerda la necesidad de esperar pacientemente mientras la semilla tarda en crecer; la necesidad de experimentar la muerte de la semilla sin estar seguros de que realmente echará raíces, sin saber hasta dónde crecerá. No tenemos control sobre el crecimiento. Y esto es doloroso para nosotros. Tanto el proceso de crecimiento como el hecho de no poder controlarlo son dolorosos.

Mientras seguimos siendo conscientes de la necesidad de las prácticas ascéticas, de la necesidad de desbrozar el jardín de nuestro corazón y de regar las plantas, no olvidemos volver a lo que era más importante para Jesús: la Palabra de Dios, la semilla puesta por el Padre en la humanidad; y esperemos con confianza su crecimiento en cada uno de nosotros y en toda la humanidad. Aceptemos también pasar por los sufrimientos que forman parte de ese nacimiento y crecimiento.

Armand Veilleux